

Cuando la acción moral no provoca admiración sino resentimiento: el rechazo del rebelde moral

When moral action does not provoke admiration but resentment: the rejection of the moral rebel

Aitziber Pascual

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, España
aitziber.pascual@ehu.eus

Susana Conejero

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, España
susana.conejero@ehu.eus

Itziar Etxebarria

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, España
itziar.etxebarria@ehu.eus

Recibido: 19/10/2021

Aceptado: 03/01/2022

Formato de citación:

Pascual, A., Conejero, S., Etxebarria, I. (2022). “Cuando la acción moral no provoca admiración sino resentimiento: el rechazo del rebelde moral”. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 93, 79-93, <http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/aitziberpascual.pdf>

Resumen

La observación de acciones moralmente ejemplares normalmente provoca emociones positivas (admiración, respeto...) respecto a quien las realiza. Cuando las acciones son especialmente costosas o inusuales puede provocar incluso elevación moral, una emoción que conlleva deseos de estrechar el contacto con quien así actúa, de emular su conducta y de ser mejor persona. Sin embargo, no siempre es así. En ocasiones la acción del rebelde moral, la persona que no acepta permanecer en silencio o adaptarse a lo que hacen los demás cuando ello contraviene sus principios y valores, provoca rechazo, resentimiento. En este texto se revisa la investigación actual sobre este fenómeno paradójico: los estudios empíricos que lo avalan, cómo puede explicarse, las estrategias defensivas que se ponen en marcha frente al rebelde moral y las características personales de los rebeldes morales. Finalmente, se reflexiona sobre las implicaciones del rechazo del rebelde moral tanto para este como para el grupo social.

Palabras clave

Rebelde moral, conducta moral, reproche moral implícito, rasgos de coraje moral, identidad moral.

Abstract

The observation of morally exemplary actions normally provokes positive emotions (admiration, respect...) with respect to the one who performs them. When the actions are particularly costly or unusual, it can even provoke *moral elevation*, an emotion that leads to a desire to be in close contact with the person who acts in this way, to emulate his or her behavior and to become a better person. However, this is not always the case. Sometimes the action of the *moral rebel*, the person who does not accept to remain silent or adapt to what others do when it contravenes his/her principles and values, provokes rejection and resentment. This text reviews the current research on this paradoxical phenomenon: The empirical studies that support it, how it can be explained, the defensive strategies that are put in place against the moral rebel and the personal characteristics of moral rebels. Finally, it reflects on the implications of the moral rebel's rejection both for the moral rebel and for the social group.

Keywords

Moral rebel, moral action, implicit moral reproach, moral courage traits, moral identity.

1. Introducción

En general, la observación de acciones moralmente ejemplares provoca emociones positivas (admiración, respeto...) respecto a quien las realiza. Cuando las acciones son especialmente costosas o inusuales puede originar, incluso, elevación moral, una emoción que conlleva deseos de emular a la persona que así actúa, así como fuertes sentimientos de simpatía y deseos de acercamiento hacia ella (Etxebarria, 2020; Haidt, 2000, 2003). Sin embargo, no siempre es así. En ocasiones la acción ejemplar provoca rechazo, resentimiento.

El *rebelde moral*, es decir, la persona que no acepta permanecer en silencio o adaptarse a lo que hacen los demás cuando ello va contra sus principios y valores, a menudo no encuentra el aplauso de los otros sino todo lo contrario. Puede que personas no implicadas en la situación admiren su comportamiento, pero quienes se hallan inmersas en ella y permanecen pasivas van a rechazarlo y descreditarlo. En pocas palabras, el rebelde moral no suscita admiración sino rechazo: el denominado rechazo del rebelde moral. Se trata de un efecto paradójico sobre el que han llamado la atención autores como Monin *et al.* (2008), O'Connor y Monin (2016), entre otros, y que ha suscitado una interesante investigación en torno al mismo. Su relevancia es evidente tanto para la psicología social como, muy especialmente, para la psicología de la moralidad, un área de estudio donde confluyen muy distintas disciplinas (la neurología, la etología, la filosofía moral, la antropología) y que en los últimos tiempos muestra un fuerte empuje, especialmente en el mundo anglosajón.

El efecto descrito pone de relieve un problema con importantes consecuencias tanto individuales como sociales. De un modo general, dicho rechazo no conlleva únicamente un sufrimiento para quien actúa virtuosamente, sufrimiento que podría desanimarle para actuar de forma similar en ocasiones ulteriores. Implica, además, que quienes callan y se acomodan a las demandas del contexto no solo transigen con una situación moralmente problemática, sino que, de forma perversa, se convierten en sus guardianes, al denigrar a quien se rebela contra ella. Ello, a su vez, tiene importantes implicaciones educativas:

plantea la necesidad de orientar la educación de niñas y niños para que, en lugar de reaccionar negativamente ante quienes actúan con coraje moral, sientan respeto hacia ellos y deseen actuar en la misma línea.

Es relevante, así pues, comprender a fondo el problema y entender sus causas. A tal fin, este artículo se centra en revisar la investigación actual sobre el fenómeno. Concretamente, analizaremos los estudios empíricos que lo avalan, cómo puede explicarse, las estrategias defensivas que se ponen en marcha frente al rebelde moral y las características personales de los rebeldes morales. Finalmente, reflexionaremos sobre las implicaciones del mismo que se acaban de señalar.

2. Estudios que avalan el rechazo del rebelde moral

Monin *et al.* (2008) han tratado de analizar el tema de forma sistemática. Parten de la constatación de que la historia muestra numerosos casos de personas que actuaron moralmente en circunstancias muy difíciles, individuos que podríamos considerar auténticos héroes morales, que, sin embargo, provocaron reacciones muy negativas por parte de sus compañeros. Así, en el relato de la Masacre de My Lai de 1968 contrasta la obediencia destructiva de William Calley y sus hombres con la decencia moral de Hugh Thompson Jr., el piloto que detuvo la masacre enfrentándose a Calley. Sin embargo, tras esta acción indudablemente loable, Thompson sufrió durante años el rechazo de sus compañeros y recibió numerosas amenazas de muerte. El fenómeno se refleja igualmente en el caso del policía militar Joseph Darby, quien, tras entregar a las autoridades pruebas fotográficas de las terribles torturas y vejaciones perpetradas por militares norteamericanos en la prisión de Abu Ghraib, tuvo que ser puesto bajo custodia militar en un lugar secreto después de recibir graves amenazas por parte de sus antiguos compañeros.

Como señalan los autores, estas respuestas extremas resultan sorprendentes, porque esas mismas conductas generan admiración y respeto en cualquier persona no implicada directamente en la situación que tenga una mínima sensibilidad moral. Resultan realmente chocantes, porque la reacción violenta en estos casos –tal como sucede en muchos otros– no provenía únicamente de los compañeros que podrían verse afectados por tales conductas por haber participado en la masacre o en las torturas y humillaciones, sino también de compañeros que simplemente no informaron de los abusos a la autoridad o no se opusieron a ellos.

No hace falta irse a EEUU para encontrar este tipo de ejemplos. En España, cabe señalar, entre otros, el caso de Nevenka. En marzo de 2001, esta concejala del Partido Popular de Ponferrada denunció al alcalde de la ciudad (compañero de partido) por acoso sexual. Tras pasar por un auténtico calvario al tener que testificar ante un juez que le trataba como si ella fuera la acusada y no la demandante, el juez que finalmente sentenció sobre el caso le dio la razón. No obstante, todos los miembros de su partido y un gran número de conciudadanos le criticó duramente y siguió apoyando al alcalde, y Nevenka acabó huyendo de una ciudad y un país donde encontró mucho más rechazo que apoyo, una ciudad y un país para ella irrespirables (Millás, 2004).

Tampoco hace falta recurrir a situaciones tan trágicas para encontrar ejemplos de este fenómeno. Desgraciadamente, esto es algo que se puede ver en muchas situaciones cotidianas. Por ejemplo, cuando un médico rechaza regalos de las compañías farmacéuticas, es probable que ese gesto genere un mayor respeto entre los médicos residentes que entre sus compañeros doctores que siempre han aceptado esos regalos y pueden percibir tal rechazo como una forma de acusación a su proceder. Igualmente, las personas no pertenecientes a una determinada organización podrían elogiar a un empleado o empleada por negarse a reenviar correos electrónicos de un chiste ofensivo,

mientras que los compañeros de trabajo que recibieron la broma y no hicieron nada al respecto podrían burlarse de esa persona tachándola de moralista, hipersensible o “políticamente correcta”.

Monin *et al.* (2008) se propusieron documentar el fenómeno y tratar de explicarlo. En primer lugar, con el objetivo de acreditar el fenómeno, realizaron dos estudios. En ambos partieron de la hipótesis de que, si bien la conducta rebelde sería valorada positivamente e incluso sería objeto de loa por parte de observadores ajenos a la situación, provocaría rechazo en los implicados en ella.

El primer estudio se realizó con estudiantes varones y mujeres de una universidad norteamericana. La muestra se dividió al azar en dos grupos: los “actores” y los “observadores”. En la condición de “actores”, con el pretexto de estudiar la relación entre percepción de personalidad y contundencia de la argumentación, el experimentador pedía a los participantes que escribieran un discurso en favor de la abolición de la “semana de lectura”, un periodo sin clases justo antes de los exámenes finales (una propuesta que el equipo investigador sabía que era muy impopular entre los participantes en el experimento), y les decía que luego las grabaciones serían enviadas a un comité que probablemente utilizaría sus argumentos para tomar la decisión al respecto. Se les daban algunos minutos para preparar su discurso y grabarlo, y luego se les introducía en la parte del experimento que supuestamente versaba sobre la percepción de la personalidad. En esta sección, escuchaban una cinta que –se les decía– había sido grabada por un participante anterior (en realidad había sido preparada por los investigadores) y se les pedía que indicaran, en una serie de escalas que se les proporcionaban, lo que pensaban de esa persona. La mitad de los participantes escucharon la cinta de una persona que había realizado la tarea (condición “obediente”), y la otra mitad, la de una persona que se había rebelado contra la tarea (condición “rebelde”). Los participantes evaluaban a la persona de la cinta en 14 escalas de 7 puntos que iban de estúpido a inteligente, de agradable a desagradable, de honesto a deshonesto, etc. Además, señalaban, también en escalas de 7 puntos, cuánto les gustaría trabajar en un proyecto de clase con la persona de la grabación (varón o mujer, según el sexo de quien la escuchaba), cuánto les gustaría como amiga, y cuánto les gustaría que fuera su compañera de habitación. Luego, debían citar tres rasgos de personalidad que utilizarían para describirla, indicar cuánto respeto les inspiraba, y finalmente hacer una estimación de cómo se sentía la persona de la cinta respecto a la propuesta de eliminar la “semana de lectura”. En la otra condición, en la condición de “observadores”, a los participantes no se les pedía que elaboraran ningún discurso en favor de la abolición de la “semana de lectura”. Se les daba un texto con la descripción detallada de las instrucciones supuestamente recibidas por las personas de las cintas (instrucciones que coincidían con las que realmente se habían dado a los actores), se les daba a escuchar las mismas grabaciones y se les pedía que valoraran a quien hablaba. Al azar, la mitad de los observadores escuchaban al “obediente” y la otra mitad, al “rebelde”.

El experimento demostró que el mismo acto de rebeldía (en este caso, el acto de negarse a elaborar un discurso que va contra lo que uno piensa) puede valorarse positivamente por parte de unos y, en cambio, provocar rechazo en otros. Cuando quienes juzgaban las grabaciones eran personas no implicadas en la situación (los observadores), los rebeldes eran mejor valorados que los obedientes. En cambio, cuando quienes juzgaban las cintas ya habían realizado la tarea (los actores), los rebeldes eran mucho menos apreciados que los otros obedientes; más aún, a los actores los rebeldes les provocaban rechazo.

En el segundo estudio se trató de proporcionar una nueva demostración del rechazo de los rebeldes morales con una tarea moralmente menos ambigua. En este caso se trataba

de realizar una tarea que reflejaba estereotipos racistas respecto de los afroamericanos. Aunque aceptar las exigencias de la tarea *per se* no reflejara prejuicios racistas por parte del participante, el rebelde moral cuestionaba si era apropiado participar en una situación con elementos, a su parecer, claramente ofensivos. De nuevo, el estudio se realizó con una muestra de estudiantes de una universidad norteamericana, varones y mujeres de distinto origen étnico, pero ninguno de ellos afroamericano. Como en el estudio anterior, los participantes fueron asignados al azar a la condición de “actor” o a la de “observador” y, dentro de cada una de ellas, a la condición de juzgar a otro participante “obediente”, o sea, que supuestamente había hecho la tarea, o a otro participante “rebelde”, que supuestamente se había negado a realizarla.

A cada uno de los participantes se le daba una hoja con tres imágenes, acompañada de un texto que decía: “Imagina que ha ocurrido un robo en un barrio, y la policía ha detenido a tres sospechosos. A continuación se presentan breves descripciones de los tres sospechosos. Por favor, léelas detenidamente y señala quién crees tú que es más probable que sea el culpable”. Debajo de estas instrucciones había tres fotografías, cada una de las cuales acompañada de una serie de datos (nombre, coartada, ficha previa, posesiones en el momento de la detención, reacción durante la detención y ocupación). Debajo de esta información, las instrucciones continuaban: “Imagina que eres el detective encargado de este caso. Rodea con un círculo la cara de la persona que crees que es más probable que haya cometido el robo. En el espacio siguiente, indica los motivos de tu sospecha” (este párrafo iba seguido de una serie de líneas en blanco). La información proporcionada estaba diseñada para incriminar al tercer sospechoso, Steven Jones: no tenía coartada, estaba fichado, cuando lo detuvieron llevaba dinero en efectivo y un destornillador, y estaba desempleado. Además, era el único afroamericano en la pantalla; los otros dos sospechosos eran blancos. En este caso, en lugar de grabaciones, a los participantes se les daba una hoja con las supuestas respuestas de un participante anterior. En la condición de juzgar al “obediente”, es decir, al supuesto participante que previamente había realizado la tarea, la cara afroamericana estaba señalada con un círculo y el texto decía: “Creo que Steven Jones lo hizo porque 1) no tiene coartada real, 2) lo ha hecho antes, y 3) lleva mucho dinero en efectivo, especialmente para alguien sin trabajo. El destornillador podría haber ayudado a romper una puerta, etc.”. En la condición de juzgar al “rebelde”, es decir, al supuesto participante que previamente se había negado a la tarea, ningún rostro estaba rodeado con un círculo, y el texto decía: “Me niego a elegir aquí, esta tarea está obviamente sesgada... Es ofensivo hacer del hombre negro el sospechoso obvio. Me niego a jugar este juego”.

Cuatro participantes de la condición de actores eligieron como principal sospechoso a un blanco. Los autores consideraron que, al no haber elegido al afroamericano, probablemente estos participantes no se sentirían amenazados por la conducta del rebelde, y los excluyeron de los análisis. Por tanto, a continuación, al presentar los resultados del estudio, cuando hablamos de actores hablamos de participantes que habían realizado la tarea y habían señalado al afroamericano como el principal sospechoso.

Al igual que en el estudio anterior, los participantes a quienes les había tocado la condición de observadores, que, por tanto, no habían realizado la tarea, valoraron mejor a los rebeldes que a los obedientes, mientras que los actores, que la habían realizado y habían señalado al afroamericano como el principal sospechoso, valoraron peor a los rebeldes que a los obedientes. Así pues, al igual que el anterior, este estudio demuestra que el individuo que, apelando a sus principios, se niega a realizar una acción, si bien es positivamente valorado por observadores ajenos a la situación, es rechazado por quienes realizan dicha acción.

3. Por qué se produce el rechazo al rebelde moral

¿Cómo es posible que una actuación basada en unos principios que, *a priori*, se pueden compartir genere reacciones negativas en los demás? ¿De dónde proviene este rechazo hacia el rebelde moral? Los dos estudios de Monin *et al.* (2008), que acabamos de ver, apuntan a que un elemento clave para explicarlo sería la implicación personal en la situación. Quien no se pliega a la situación puede considerar que con su acción simplemente se está oponiendo al *statu quo*. Sin embargo, quienes lo hacen pueden tomar dicha forma de actuar como una amenaza personal, pues pone en evidencia su actitud pasiva ante la situación. Ello sugiere que la raíz del resentimiento hacia el rebelde residiría en que la elección de éste implícitamente supone una condena de quien se adapta a la situación; y ese reproche implícito haría tambalear en este la confianza en sí mismo como persona moral.

Hay que tener en cuenta que el reproche moral, aunque solo sea imaginado, no real, puede resultar muy amenazante para el sentido de adecuación, de idoneidad, de la persona. Ya hace tiempo Sabini y Silver (1982) señalaron que los individuos son enormemente sensibles al reproche. Ello se debería, desde su punto de vista, a dos razones fundamentales: en primer lugar, a la centralidad de la moralidad en el autoconcepto de la mayoría de las personas (Allison *et al.*, 1989) y, en segundo lugar, a que los individuos son conscientes del estigma que acompaña al hecho de ser cuestionados moralmente (Ybarra *et al.*, 2012).

Monin *et al.* (2008) subrayan dos ideas respecto a este reproche moral. En primer lugar, no es necesario que el rebelde moral condene explícitamente a quienes no actúan como él o ella; el mero hecho de actuar moralmente en la situación se percibe como un reproche implícito a quienes no hacen lo mismo. En segundo lugar, tampoco es necesario que el rebelde moral tenga conocimiento de la conducta conformista del otro; el reproche implícito en la acción rebelde es suficiente para desencadenar el resentimiento. Así, un artículo periodístico o un texto de un *blog* en los que se critica determinada forma de vida pueden resultar irritantes para los lectores que llevan ese estilo de vida pese a que los autores no tengan conocimiento alguno de dichos lectores, de sus hábitos y costumbres. Del mismo modo, una persona que aparece en la televisión puede molestar a un espectador cuyo comportamiento cuestiona implícitamente aunque no exista la más remota posibilidad de que esa persona vaya a encontrarse nunca con dicho espectador ni formarse un juicio sobre él. Es el hecho de que esa persona, en caso de saber de su comportamiento, probablemente lo criticaría (y la consiguiente amenaza para el yo) lo que desencadena el rechazo.

Monin *et al.* (2008) realizaron dos estudios adicionales para entender las causas del rechazo del rebelde moral. En el primero de ellos trataron de demostrar que el rechazo del rebelde moral por parte de quienes se pliegan a la demanda que se les hace es una reacción a la percepción de que el rebelde probablemente les rechazaría por considerarlos menos morales. Este estudio se realizó con varones de una universidad norteamericana, ninguno de ellos afroamericano. El diseño del experimento y la tarea fueron los mismos que en el anterior, pero en este caso a los participantes se les preguntaba también por la opinión del supuesto participante previo (“obediente” o “rebelde”) sobre ellos. Tal como se había predicho, los resultados mostraron: 1) que quienes realizaban la tarea esperaban gustar menos y ser menos respetados por parte de los rebeldes que por parte de los obedientes, y 2) que el efecto de la conducta del rebelde sobre el rechazo a este por parte de quienes habían realizado la tarea estaba mediado por el rechazo imaginado hacia ellos por parte del rebelde. En definitiva, se

evidenciaba que el resentimiento es una reacción defensiva a la percepción de que los rebeldes implícitamente están rechazando a quienes no cuestionan la situación.

Es importante tener en cuenta que, en el experimento, quienes habían accedido a realizar la tarea no tenían ninguna razón para creer que algún día podrían encontrarse con el rebelde o que este alguna vez vería sus respuestas y tendría ocasión de recriminarlos. Ello sugiere que el rechazo se vive menos como una amenaza para una relación social real que como una amenaza para el sentido personal de la propia integridad y el propio valor.

El siguiente estudio trató de poner a prueba que, efectivamente, es así, que el rechazo de los rebeldes morales es una reacción a la percepción de una amenaza al propio yo. El estudio se realizó con mujeres y varones de una universidad norteamericana, ninguno de ellos afroamericano, y de nuevo la tarea fue la misma. Tras realizar la tarea, los participantes fueron distribuidos al azar a tres condiciones. A los de una condición, se les daba a evaluar las respuestas de un supuesto participante rebelde previo, pero antes de ello se les pedía que escribieran sobre una experiencia reciente que pusiera de relieve su cualidad moral (con ello se pretendía hacerles sentirse seguros respecto a su propia adecuación como personas morales). A los de otra condición, también se les daba a evaluar a un supuesto rebelde, pero previamente se les pedía que elaboraran un listado de lo que habían comido en las 48 horas previas. En la tercera condición, se les daba a evaluar a un supuesto obediente tras elaborar previamente, como el grupo anterior, el listado de lo que habían comido en las últimas 48 horas. Los resultados mostraron que el rechazo del rebelde no se producía cuando a los participantes previamente se les daba la oportunidad de sentirse seguros en su sentido de adecuación moral pidiéndoles que escribieran sobre una experiencia reciente que reflejaba su cualidad moral. Los que habían tenido tal oportunidad juzgaban al rebelde como los observadores de los tres estudios anteriores. Al sentirse seguros respecto a sí mismos, no lo rechazaban.

El hecho de que los participantes que se sentían seguros no rechazaran a los rebeldes sugiere que el rechazo de estos surge de la amenaza percibida al propio sentido de integridad y valor personal. Por supuesto, estos participantes sabían que los rebeldes probablemente no les valorarían muy bien, pero no lo percibían como una amenaza para el yo. Más aún, al no necesitar autoprotgerse, eran capaces de apreciar el valor de la conducta del rebelde y de criticar la suya. Veían al rebelde como una persona especialmente moral, expresaban dudas sobre su propia conducta a la luz del comportamiento del rebelde y reconocían que quizás no habían estado tan constreñidos por la situación como habían pensado en su momento.

Basándose en estos dos estudios, Monin *et al.* (2008) concluyeron que el rechazo del rebelde moral se produce porque quienes se pliegan a la situación imaginan el reproche moral por parte de quien no lo hace (aunque este no condene su conducta, ni tan siquiera tenga conocimiento de esta), lo cual supone una amenaza al propio sentido de integridad y valor moral, y ello les genera una reacción defensiva de resentimiento y rechazo hacia aquel.

En este punto, Monin *et al.* (2008) hacen una interesante observación en relación con la Teoría de la Justicia del filósofo John Rawls (1979). Rawls postuló que un procedimiento para generar principios justos es elevarse por encima de contingencias específicas que generan desacuerdos entre las personas y situarse tras un “velo de ignorancia” en cuanto a la propia posición dentro de la sociedad. Pues bien, los participantes de la condición de observadores de estos estudios se hallaban en muchos sentidos en la posición ideal de Rawls, al no estar inmersos en la situación y, por tanto, no saber cómo habrían actuado ellos en la misma, si se habrían rebelado o habrían aceptado lo que se les proponía. Al no estar involucrados, podían apreciar la moralidad

y la fuerza de carácter del rebelde. Hay que tener en cuenta que el velo de ignorancia de Rawls va más allá de no saber cuál es la propia posición en la estructura social; implica no saber, tampoco, cuál es la propia concepción del bien. A la luz de estos estudios, se puede apreciar la sabiduría de la recomendación rawlsiana. Una vez que se actúa sin cuestionar la demanda, parece cambiar la propia “concepción del bien”: mientras que un observador detrás del velo de ignorancia ve en quien no acepta la propuesta a un valiente ejemplar moral, el que pisa el barro lo que ve es un moralista pesado.

4. ¿Caben otras explicaciones alternativas?

El propio Monin, junto a Kieran O’Connor, ha realizado dos estudios para analizar posibles explicaciones alternativas del rechazo hacia rebelde moral (O’Connor y Monin, 2016). Veamos, de un modo sintético, las alternativas analizadas y los resultados obtenidos en dichos estudios.

En el primer estudio se analizaron dos alternativas explicativas. La primera era que cuando quienes aceptan realizar la tarea rechazan al rebelde lo hacen motivados no tanto por el rechazo que imaginan por parte de este como por una preocupación por la aprobación social de las personas que se hallan a su alrededor, en el contexto inmediato, como, por ejemplo, el propio experimentador. La segunda alternativa explicativa deriva del poder del anclaje y las primeras impresiones. Al juzgar a otros, los individuos tienden a confiar en su propia perspectiva como punto de partida egocéntrico, y tienden a basar sus juicios en dicha perspectiva cuando otros interpretan un determinado estímulo de manera diferente a como ellos lo hacen (Epley y Dunning, 2000; Epley *et al.*, 2004). De acuerdo con esta tendencia al aferramiento a las primeras impresiones, esta alternativa explicativa plantea que los actores rechazan a los rebeldes porque enfrentan primero la tarea y anclan su percepción egocéntrica de la conformidad con la tarea como la respuesta “normal”. En consecuencia, ven al rebelde como “raro”, mientras que los observadores que ven por primera vez la tarea en el contexto de la negativa del rebelde pueden codificar dicha negativa como la respuesta apropiada.

Los resultados de este primer estudio no apoyaron ninguna de estas dos explicaciones. En cambio, fueron consistentes con la idea de que, en el rechazo al rebelde moral, el elemento clave es el rechazo imaginado por parte de éste.

En el segundo estudio se analizó más a fondo este rechazo imaginado. En él se analizaron dos cuestiones concretas: 1) si la persona que se niega a realizar una determinada acción basándose en sus principios provoca rechazo por su negativa a realizar dicha acción o por su invocación de principios morales y su condena de la situación (en este caso, un experimento “ofensivo”), y por extensión, de los que sí la aceptan; y 2) si el rechazo al rebelde se produce porque quienes aceptan la tarea imaginan que este les rechazará o porque creen que cualquier audiencia imaginada les rechazaría.

¿Cuál es el desencadenante exacto del rechazo al rebelde, la condena verbal por parte de éste o el acto de rebeldía en sí mismo? Los resultados de este estudio sugieren que tanto la condena verbal como el acto real de negarse a realizar la tarea son ingredientes activos en el rechazo del rebelde. El rechazo es más fuerte cuando se combinan ambos elementos, es decir, cuando quien se opone a llevar a cabo una tarea que considera inmoral condena verbalmente a quienes sí lo hacen, pero cualquiera de ellos por separado es suficiente para desencadenar cierto rechazo.

¿El rechazo se produce porque quienes aceptan la tarea imaginan que el rebelde les rechazará o porque creen que cualquier audiencia imaginada les rechazaría? Los resultados apoyaron la primera alternativa. Es el rechazo imaginado por parte de quien se niega a realizar la tarea, por parte del rebelde moral, lo que les lleva a un ataque

preventivo contra él o ella. En realidad, estas personas esperan gustar menos a cualquier compañero o compañera que compare sus respuestas con las de quien se negó a participar en la tarea. Sin embargo, esta reacción anticipada de terceras partes no es el detonante motivador del rechazo al rebelde.

Junto a lo que se acaba de señalar, este estudio mostró que muchos de los participantes que realizan la tarea no sólo rechazan al rebelde sino que prefieren evitar cualquier interacción con él.

En suma, el rechazo que provoca la persona que se rebela surge del reproche imaginado que suscita su acción. Este rechazo imaginado no surge tanto del juicio real del propio rebelde como del modo en que quienes no se rebelan creen en el fondo de sus mentes que el rebelde les juzga.

O'Connor y Monin (2016) señalan que el rebelde moral internalizado puede no estar presente en nuestro entorno inmediato, pero puede convertirse en un público privado, evocando vergüenza y desaprobación, porque los individuos saben que aquel les condenaría si tuviera ocasión. Aunque el juicio del rebelde no es real, su presencia imaginada puede causar un reproche moral punzante, doloroso, que lleva al resentimiento. Todo apunta a que somos nosotros mismos quienes generemos las amenazadoras comparaciones morales que nos llevan a rechazar a otros. Cuando la actuación correcta de otra persona contradice nuestra propia conducta u opinión, no importa tanto lo que esa otra persona realmente piense o nos diga como lo que nosotros, en nuestro fuero interno, imaginamos que piensa. Si bien los rebeldes morales estarían en la posición de reprendernos por nuestro comportamiento inmoral o amoral, los resultados de O'Connor y Monin (2016) sugieren que no necesitan decir nada directamente; nuestra propia imaginación es suficiente para provocarnos sentimientos amenazantes de insuficiencia moral. Por tanto, rechazaríamos a los rebeldes morales por las cosas que consideramos que nos podrían haber dicho, más que por cualquier crítica que estos realmente expresen.

Estos estudios han permitido clarificar aspectos relevantes del fenómeno que nos ocupa. No obstante, es necesario seguir profundizando en el proceso intrapersonal que subyace en el rechazo a los rebeldes. Los propios autores sugieren que quizás las personas que presencian el acto de oposición moral sientan una punzada de arrepentimiento al darse cuenta de que no son tan morales como podrían haber sido (Gilovich y Medvec, 1995), y que puede que esto sea lo que les lleve a creer que otros condenarán su comportamiento. Así pues, la autocrítica podría ser el primer paso del rechazo final al rebelde moral. Percatarse de las propias deficiencias morales podría aumentar la amenaza que surge de la comparación con el rebelde, lo cual llevaría a rechazarlo. Sin embargo, admitir y reconocer las propias deficiencias morales podría reducir la probabilidad de que la amenaza conduzca al rechazo —¿por qué habrían de rechazar al rebelde, quienes así lo hacen, si consideran que no son tan morales como él o ella? (Etxebarria, 2000). En el futuro se debería analizar cuidadosamente las vías que conducen de la amenaza a la autocrítica y al rechazo final.

5. Estrategias defensivas frente a los rebeldes morales

Hasta aquí hemos analizado cómo la conducta del rebelde moral provoca un rechazo hacia éste, pero las reacciones negativas ante quienes se comportan de un modo moralmente superior pueden ser variadas. Ante el reproche imaginado, las personas pueden poner en marcha diversas estrategias defensivas para que el yo no se sienta amenazado (Monin, 2007).

Así, pueden poner la conducta moral del rebelde bajo sospecha, atribuyéndola no a la virtud o al coraje moral de este sino a otro tipo de motivaciones, menos nobles. Por

ejemplo, se puede poner en duda la conducta valiente de una persona que, frente a la pasividad de los demás, denuncia las marrullerías y la poca transparencia de las decisiones dentro de una organización señalando que esa persona tiene un carácter que le impide plegarse a ninguna propuesta razonable que provenga de la autoridad y siempre tiene que generar conflicto, o es demasiado “controladora”, “rígida”, “superyoica” o “moralista”.

También se puede trivializar el gesto de quienes se rebelan moralmente, su coraje moral, tachándoles de personas bienintencionadas pero ingenuas, poco inteligentes, con poco sentido común y poca conciencia de cómo son las cosas en el mundo real, “idealistas ilusos”, “buenistas”. Los demás se plegarían a la situación no por falta de valor moral, sino porque son realistas y consideran que así son las cosas, no hay nada que hacer; sólo un iluso trataría de cambiarlas.

Cuando el comportamiento es claramente moral y es difícil cuestionar la fortaleza y el valor del otro (como ocurre habitualmente en los casos de rebeldía moral en los que otros adoptan una postura basada en principios ante una situación problemática), las dos vías anteriores para la autoprotección son menos factibles. Un último recurso puede ser distanciarse del otro amenazante y profesar poco deseo de relacionarse con él. Podemos ser conscientes de que es difícil, si no se quiere quedar como una persona mezquina, cuestionar la moralidad y el valor del otro, pero, “sobre gustos no hay nada escrito”, y podemos decidir que, simplemente, esa persona no nos gusta. Esta reacción defensiva puede expresarse en forma de simple alejamiento, pero también de fuerte hostilidad.

En cualquier caso, si la conducta moral ya supone habitualmente asumir ciertos costes y vencer diversos obstáculos (dejar aparte intereses personales, dedicar energía, tiempo, etc.), especialmente en situaciones en las que lo más cómodo es adaptarse a la situación y hacer lo que hacen los demás si no se quiere tener problemas, estas reacciones de quienes se acomodan a la situación ponen las cosas aún más difíciles al rebelde moral. Además de asumir costes y vencer obstáculos, el rebelde moral debe arrostrar las reacciones negativas ante su actuación. No es de extrañar que la experiencia de alzarse contra la injusticia o defender posiciones morales en contextos adversos a menudo se acompañe de una larga sombra de tristeza.

Pero ¿qué sabemos al respecto? ¿Cómo afectan las reacciones negativas de los demás al rebelde moral? Pese a actuar según les dicta su conciencia, los rebeldes morales pueden percibir que quienes aceptan el *status quo* no valoran su acción, sino todo lo contrario, y esta percepción puede traducirse no solo en tristeza sino también en autoevaluaciones críticas. Sonnentag y McDaniel (2013) se plantearon analizar esta posibilidad.

Para medir la autopercepción de los rebeldes morales, estos autores utilizaron los mismos adjetivos utilizados por Monin *et al.* (2008) para medir cómo estos eran percibidos por los demás. Los resultados de este estudio revelaron que los participantes que mostraban un comportamiento moral rebelde en una prueba en la que se les pedía escribir un ensayo (similar a la de Monin *et al.*, 2008) se autoevaluaban peor que quienes mostraban un comportamiento obediente, y ello tanto en rasgos interpersonales (amable, cálido/a, justo/a...) como en rasgos intrapersonales (fuerte, activo/a, con alta autoestima...). Además, los participantes con puntuaciones altas en una escala de rebeldía moral (adaptada de Sonnentag y Barnett, 2013) presentaban niveles bajos en ambos tipos de rasgos.

Sin embargo, en este estudio no se controló que las autoevaluaciones se realizaran después de la prueba que ofrecía la posibilidad de comportarse como un rebelde moral (las pruebas se presentaban a los participantes en un orden al azar). Por tanto, estos resultados se prestan a distintas interpretaciones. No permiten concluir que sea la

reacción implícita de los demás lo que haga que el rebelde moral se autoevalúe peor. Esta es una cuestión que requiere mayor estudio y con un procedimiento más cuidado.

6. ¿Qué tipo de personas son los rebeldes morales?

Aunque nuestro principal objetivo aquí es entender la reacción negativa hacia quien actúa moralmente, también tiene interés saber cómo son los rebeldes morales: esas personas que, en circunstancias adversas, saben actuar según sus principios y valores y no dejarse arrastrar por lo que hagan los demás. Varios estudios han abordado esta cuestión.

En su análisis de la personalidad del rebelde moral, Sonnentag y Barnett (2013, 2016) plantean que ser un rebelde moral requiere poseer dos tipos de rasgos: por un lado, rasgos que reflejan una identidad centrada en valores y creencias morales y, por otro, rasgos de coraje moral, que proporcionan al individuo recursos para la acción cuando ha de enfrentarse a situaciones desafiantes. A partir de aquí, en un estudio con adolescentes, estos autores se propusieron poner a prueba la hipótesis de que en la tendencia de estos a actuar según sus creencias y valores pese a la presión social serían relevantes, junto con la identidad moral, cinco rasgos generales de coraje moral: la autoestima, la baja necesidad de pertenencia, la autoeficacia, la asertividad y el vigilantismo social. Los resultados mostraron que todos y cada uno de estos rasgos de coraje moral predecían positivamente la tendencia de los adolescentes a ser rebeldes morales. Sin embargo, la identidad moral no predecía dicha tendencia ni sola ni en conjunción con dichos rasgos.

Este último resultado resultaba chocante, por lo que los autores se plantearon realizar otro estudio a fin de explorar mejor el problema. En realidad, en el estudio citado solo se habían analizado variables asociadas con la tendencia general a ser un rebelde moral; no se habían tomado en cuenta factores más concretos que pueden favorecer expresiones particulares de dicha tendencia, tales como, por ejemplo, la tendencia a actuar como un rebelde moral en apoyo de un compañero objeto de acoso o la tendencia a desobedecer una orden injusta. Además, la muestra había sido de adolescentes; quizás las cosas fueran algo distintas después de la adolescencia. Por ello, en un estudio posterior, Sonnentag *et al.* (2018) se plantearon analizar la cuestión con una muestra de mujeres y varones universitarios de 18 a 24 años y tomando en cuenta, junto con las variables anteriormente analizadas, algunos factores más concretos.

En este estudio, Sonnentag *et al.* (2018) analizaron el papel de la identidad moral y de diversos rasgos de coraje moral, tanto generales como específicos, en tres expresiones concretas de la tendencia a actuar según los propios valores y creencias pese a la presión social en sentido contrario: 1) consolar a compañeros que lo están pasando mal, 2) desobedecer a una figura de autoridad para ser honesto, y 3) intervenir en una situación que implica riesgos para la salud física. Los rasgos generales de coraje moral contemplados en este estudio fueron los mismos que en el anterior: la autoestima, la baja necesidad de pertenencia, la autoeficacia, la asertividad y el vigilantismo social. Los rasgos específicos de coraje moral fueron tres: la preocupación empática, la sensibilidad respecto a las injusticias, y la tendencia a participar en acciones físicamente peligrosas que puedan ser de ayuda para otras personas o para la sociedad.

Para evaluar las tendencias de la persona a ser un rebelde moral de forma solidaria, justa y valiente se utilizaron, respectivamente, tres escenarios. Los escenarios representaban situaciones en las que el protagonista se enfrenta a una decisión de hacer lo correcto: 1) dando apoyo moral (ayudando a compañeros angustiados), 2) mostrándose justo (desobedeciendo a una figura de autoridad para ser honesto) y 3) mostrándose valiente (interviniendo en una situación que podría amenazar su seguridad

física), a pesar de la presión social para no hacerlo. Después de leer cada uno de los escenarios, se pedía a los participantes que respondieran a dos cuestiones: una, si creían que *deberían* decir o hacer algo, y otra, si *dirían o harían* algo en la situación. Cada una de ellas se respondía en una escala que iba de 1 (muy en desacuerdo) a 7 (muy de acuerdo). Las respuestas de los participantes a estos dos ítems fueron promediadas, de modo que las puntuaciones más altas reflejaban una mayor tendencia a ser un rebelde moral de una manera solidaria, justa o valiente.

Los análisis de regresión logística mostraron un efecto principal de la identidad moral y de los rasgos tanto generales (a excepción del vigilantismo) como específicos de coraje moral en las expresiones de la tendencia a ser un rebelde moral (cuidado, justicia y valentía). Sin embargo, se encontraron interacciones significativas entre la identidad moral y dichos rasgos que matizan estos resultados.

En las personas con niveles relativamente altos de identidad moral, pero no en aquellas con niveles relativamente bajos, cada uno de los rasgos de coraje moral general predijo al menos una expresión concreta de la tendencia a ser un rebelde moral (actuar de forma solidaria, justa o valiente), y dos de ellos –la baja necesidad de pertenencia y la asertividad– predijeron las tres expresiones de la tendencia a ser un rebelde moral. Así pues, una necesidad de pertenencia relativamente baja y un nivel relativamente alto de asertividad proporcionarían recursos para expresarse como un rebelde moral en las tres situaciones concretas analizadas.

También en las personas con niveles relativamente altos de identidad moral, dos de los tres rasgos específicos de coraje moral, concretamente, la preocupación empática y la sensibilidad para la justicia, se asociaron con la disposición a comportarse como un rebelde moral en los ámbitos del cuidado y la justicia, respectivamente. Además, la preocupación empática predecía también la tendencia a comportarse como un rebelde moral en la situación de justicia.

Por último, cabe señalar que, aunque la tendencia a comportarse como un rebelde moral también se observa en la adolescencia, los datos de este estudio sugieren que el papel de la identidad moral en la tendencia a comportarse como un rebelde moral en diversas situaciones probablemente sea mayor con posterioridad a esa etapa.

En este sentido, merece mencionarse un trabajo de Sonnentag y McDaniel (2013). En un estudio con mujeres y varones universitarios con una media de edad de 18 años, estos autores examinaron hasta qué punto las identidades de los rebeldes morales y de los individuos obedientes se centran en objetivos morales. Para ello, pidieron a los participantes que evaluaran en qué medida 12 rasgos morales bipolares (honesto *vs.* deshonesto, respetuoso *vs.* irrespetuoso, etc.) eran importantes en su identidad. En el estudio, la tendencia a ser un rebelde moral se evaluó de dos formas: mediante una medida de autoinforme de nueve ítems (adaptado de Sonnentag y Barnett, 2013) y mediante una tarea de escritura que ofrecía la oportunidad de mostrar la conducta de un rebelde moral (Sonnentag y McDaniel, 2013: 437). Los resultados mostraron que la identidad centrada en objetivos morales se asociaba con la tendencia a ser un rebelde moral tanto en la medida de autoinforme como en la tarea de escritura. Esta es una cuestión que requiere mayor estudio y con un procedimiento más cuidado.

7. A modo de cierre: implicaciones para el rebelde moral y el grupo social

La experiencia cotidiana nos dice que las reacciones negativas ante determinadas conductas virtuosas no son tan infrecuentes como a menudo se piensa. Podemos encontrarlas en muchos grupos y en muy diversos contextos: en el mundo laboral, en el académico, en las organizaciones políticas, en los grupos de amigos, etc. Es importante

prestar atención al fenómeno, porque tales reacciones pueden desalentar a los rebeldes morales y mermar el efecto beneficioso de estos en el grupo social.

Los rebeldes morales ejercen un efecto muy positivo en el grupo, tanto de forma directa, al enfrentarse a todo tipo de situaciones injustas (situaciones de discriminación, corrupción, acoso, etc.), como en cuanto modelos positivos de conducta. Franco *et al.* (2011) los consideran dentro de una de las tres grandes categorías de heroísmo: el heroísmo social. Los rebeldes morales constituyen, pues, un activo social a preservar. En este sentido, convendría que las personas tendentes a la rebeldía moral fueran conscientes de que, aunque nada esté más lejos de su intención, pueden suscitar reacciones de rechazo en los demás. De este modo, tales reacciones no les cogerían por sorpresa y no les generarían dificultades añadidas a las que ya de por sí comporta el enfrentamiento a unas prácticas inmorales cuando los demás se acomodan a ellas. Sería lamentable que estas reacciones negativas desmoralizaran –el término resulta especialmente adecuado al caso– al rebelde moral en su oposición y lucha contra tales prácticas.

Por el contrario, quienes actúan contra los rebeldes morales, aunque no lo pretendan, no solo pecan –como mínimo– de pasividad, sino que además tienen un efecto perjudicial sobre todo el grupo, al favorecer el mantenimiento de unas prácticas sociales moralmente dudosas. Por ello, convendría que quienes tengan tendencia a no buscarse problemas y a transigir con situaciones moralmente cuestionables fueran también conscientes de que, sin darse cuenta, fácilmente pueden caer en este tipo de reacciones negativas frente al rebelde. Ello a fin de que –llegada la ocasión– no se dejen arrastrar inconscientemente por ellas y no añadan a su falta de empuje moral una reacción miserable.

La investigación futura debería explorar diversos modos de perseguir la virtud sin el riesgo de que otros se sientan amenazados y de provocar resentimiento en ellos. Hoy por hoy, la investigación aquí revisada y la observación cotidiana nos dicen que el rebelde moral deberá cuidarse muy mucho de afejar la conducta a sus compañeros, de quienes permanecen pasivos ante una situación que demanda dar un paso al frente y afirmar una postura moral: si el reproche imaginado ya es suficiente para provocar rechazo, una crítica directa puede desencadenar aún más actitudes defensivas (Monin *et al.*, 2008; O'Connor y Monin, 2016). Ahora bien, las cosas no son tan simples. En determinadas situaciones, una intervención directa reclamando una reacción moral por parte si no de todos, sí al menos de algunas personas concretas, puede resultar efectiva: puede servir para despertar a estas de su letargo y activar en ellas una reacción moral. Este es un tema que requiere mayor análisis.

Asimismo, sería igualmente interesante analizar qué puede hacerse para que la gente, en lugar de reaccionar negativamente ante las personas con coraje moral, se inspire en ellas y desee actuar a su misma altura. A partir del trabajo de Monin *et al.* (2008), un elemento clave parece ser la seguridad de la persona respecto a su adecuación moral, respecto a su propio valor moral. Ello apunta a que el reforzamiento de dicha seguridad –siempre sobre bases reales, es decir, sobre la base de un fortalecimiento de la actuación moral habitual, no a partir de un mero ejercicio de “pensamiento positivo”– puede ser una vía importante para pasar de una reacción negativa a una reacción positiva ante el rebelde moral. Este es otro aspecto al que, en los próximos años, sería interesante prestar atención en la investigación sobre los efectos paradójicos de la acción moral.

Sea como fuere, los estudios de Sonnentag *et al.* anteriormente mencionados (Sonnentag y McDaniel, 2013; Sonnentag *et al.*, 2018) permiten extraer una conclusión clara respecto a la educación moral: si se quiere educar personas que, en lugar de rechazar a los rebeldes morales, los respeten, admiren y –mejor aún– actúen como tales,

no es suficiente atender al reforzamiento de la seguridad respecto al propio valor moral; es necesario prestar atención, igualmente, al fortalecimiento de la identidad y el coraje morales, rasgos esenciales de quienes actúan según sus principios pese a la presión social en sentido contrario.

8. Bibliografía

- Allison, S. T., Messick, D. M. y Goethals, G. R. (1989). "On Being Better but not Smarter than Others: The Muhammad Ali Effect", *Social Cognition*, 7(3), pp. 275-295, <https://doi.org/10.1521/soco.1989.7.3.275>
- Epley, N. et al. (2004). "Perspective taking as egocentric anchoring and adjustment", *Journal of Personality and Social Psychology*, 87(3), pp. 327-339, <https://doi.org/10.1037/0022-3514.87.3.327>
- Epley, N. y Dunning, D. (2000). "Feeling 'Holier than thou': Are self-serving assessments produced by errors in self-or social prediction?", *Journal of Personality and Social Psychology*, 79(6), pp. 861-875, <https://doi.org/10.1037/0022-3514.79.6.861>
- Etxebarria, I. (2000). "Guilt: An emotion under suspicion", *Psicothema*, 12(SUPPL. 1), pp. 101-108.
- Etxebarria, I. (2020). *Las emociones y el mundo moral. Más allá de la empatía*. Madrid: Síntesis.
- Franco, Z. E., Blau, K. y Zimbardo, P. G. (2011). "Heroism: A conceptual analysis and differentiation between heroic action and altruism", *Review of General Psychology*, 15(2), pp. 99-113, <https://doi.org/10.1037/a0022672>
- Gilovich, T. y Medvec, V. H. (1995). "The experience of regret: What, when, and why?", *Psychological Review*, 102(2), pp. 379-395, <https://doi.org/10.1037/0033-295X.102.2.379>
- Haidt, J. (2000). "The Positive emotion of elevation", *Prevention & Treatment*, 3(1), pp. 1-5, <https://doi.org/10.1037/1522-3736.3.1.33c>
- Haidt, J. (2003). "Elevation and the positive psychology of morality", en Keyes, C. L. M. y Haidt, J. (eds.) *Flourishing: Positive psychology and the life well-lived*. Washington, DC: American Psychological Association, pp. 275-289, <https://doi.org/10.1037/10594-012>
- Millás, J. J. (2004). *Hay algo que no es como me dicen: el caso de Nevenka Fernández contra la realidad*. Madrid: Aguilar.
- Monin, B. (2007). "Holier than me? Threatening social comparison in the moral domain", *Revue Internationale de Psychologie Sociale*, 1(20), 53-68.
- Monin, B., Sawyer, P. J. y Marquez, M. J. (2008). "The Rejection of Moral Rebels: Resenting Those Who Do the Right Thing", *Journal of Personality and Social Psychology*, 95(1), pp. 76-93, <https://doi.org/10.1037/0022-3514.95.1.76>
- O'Connor, K. y Monin, B. (2016). "When principled deviance becomes moral threat: Testing alternative mechanisms for the rejection of moral rebels", *Group Processes and Intergroup Relations*, 19(5), pp. 676-693, <https://doi.org/10.1177/1368430216638538>
- Rawls, J. (1979). *Teoría de la justicia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sabini, J. y Silver, M. (1982). "Moral reproach", en Sabini, J. y Silver, M. (eds.) *Moralities of everyday life*. Oxford, England: Oxford University Press, pp. 35-53.
- Sonnentag, T. L. y Barnett, M. A. (2013). "An Exploration of Moral Rebelliousness with Adolescents and Young Adults", *Ethics and Behavior*, 23(3), pp. 214-236, <https://doi.org/10.1080/10508422.2012.739943>
- Sonnentag, T. L. y Barnett, M. A. (2016). "Role of Moral Identity and Moral Courage

- Characteristics in Adolescents' Tendencies to Be a Moral Rebel", *Ethics and Behavior*, 26(4), pp. 277-299, <https://doi.org/10.1080/10508422.2015.1012765>
- Sonnentag, T. L. *et al.* (2018). "Characteristics Associated With Individuals' Caring, Just, and Brave Expressions of the Tendency to Be a Moral Rebel", *Ethics and Behavior*, 28(5), pp. 411-428, <https://doi.org/10.1080/10508422.2017.1304821>
- Sonnentag, T. L. y McDaniel, B. L. (2013). "Doing the Right Thing in the Face of Social Pressure: Moral Rebels and Their Role Models Have Heightened Levels of Moral Trait Integration", *Self and Identity*, 12(4), pp. 432-446, <https://doi.org/10.1080/15298868.2012.691639>
- Ybarra, O. *et al.* (2012). "Self-judgment and reputation monitoring as a function of the fundamental dimensions, temporal perspective, and culture", *European Journal of Social Psychology*, 42(2), pp. 200-209, <https://doi.org/10.1002/ejsp.854>

* * *

Aitziber Pascual (aitziber.pascual@ehu.eus) es Profesora Agregada en la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU). Imparte las asignaturas de Emoción y Competencias Socioemocionales y Pensamiento y Lenguaje. Su investigación se centra, por un lado, en las emociones autoconscientes de culpa, vergüenza y orgullo y, por otro lado, en el estudio de las emociones en el campo de los trastornos alimentarios.

Susana Conejero (susana.conejero@ehu.eus) es Profesora Agregada en la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU). Imparte las asignaturas de Emoción y Competencias Socioemocionales y Pensamiento y Lenguaje. Su investigación se centra, principalmente, en los sentimientos de culpa, el orgullo moral y las diferencias de género en estas emociones.

Itziar Etxebarria (itziar.etxebarria@ehu.eus) es Catedrática de Psicología Básica de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU). Ha realizado numerosas investigaciones, por un lado, sobre el papel de diversos factores en la conducta prosocial y, por otro lado, sobre las emociones morales (especialmente, sobre las emociones autoconscientes de culpa y orgullo moral). Además, de manera transversal, en todas sus investigaciones ha analizado las diferencias de género.